rato colectivo, se encuentra más o menos marcado por signos individuales, las personas se reflejan en la medida misma en que las condiciones de lucha y de estructura del grupo le han permitido personificarse". [42]

Para finalizar con el recuento de este panorama recordemos las significativas palabras de Merleau-Ponty, para quien los héroes, las personalidades, y su culto han existido siempre: "La fe, nos dice, una vez despojada de ilusiones ¿no es lo mismo que ése movimiento por el cual, uniéndonos a otros y uniendo nuestro presente a nuestro pasado, logramos que todo tenga un sentido, terminamos con una palabra precisa el discurrir confuso del mundo? Los santos del cristianismo, los héroes de las revoluciones pasadas, jamás han hecho otra cosa. Simplemente trataban de creer que su lucha ya estaba ganada en el ciclo o en la historia. Los hombres de hoy no tienen ese recurso. El héroe de los contemporáneos no es Lucifer ni siquiera Prometeo: es el hombre". [43]

42. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, ed. Gallimard, París, 1960, p. 84.
43. Maurice Merleau-Ponty, "El héroe, el hombre", en *Sentido y sin sentido*, ed. Nagel, París, 1948, p. 380.

Capitulo II

Personalidad e Historia

§ 3. *Significación de la voz "historia".*

Es bien común encontrar que se suele emplear la palabra *historia* con más de una significación, mentando más de una realidad o forma y manifestación de ella que, como es bien claro, induce en más de una ocasión a lamentables confusiones, equívocos y malentendidos. En efecto, subjetivamente, se puede considerar a la historia como la narración actual del pasado humano. Objetivamente, se la puede ver conociendo ese pasado en cuanto tal. Se pueden distinguir en el empleo usual del vocablo historia otros dos sentidos: Indica el desarrollo objetivo de los acontecimientos y sucesos en el tiempo. Es decir, designa, se refiere y tiene que ver con los hechos concretos y los nexos que se puedan encontrar entre ellos o que se les pueda atribuir. Bajo el amplio rótulo de historia se mienta también, una manifestación concreta del pensamiento, una disciplina intelectual, que muestra tener como principal finalidad y motivo la elucidación y conocimiento del pasado, particularmente del que presenta la humanidad. Pero no sólo caen las anteriores acepciones bajo el término genérico y omnicomprensivo de historia, es del todo dable encontrar algunas más. Efectivamente, esta voz puede referirse tanto al acto de *escribir* o de describir el acaecer de algo, de alguna cosa. Así como al *simple hecho* de lo que ha sucedido. Este último sentido puede fácilmente, y realmente, descomponerse en varios otros; mejor, se le pueden encontrar varios otros matices que indican una notable diferencia. Tales serían, por ejemplo, entendiendo por historia lo que ha acontecido dentro de unos ciertos límites de espacio y tiempo, —historia de una cultura, sociedad o clase social—, es decir la historia de una estructura que presenta una determinada continuidad. Pero también es historia, también cae dentro de sus notas un matiz que bien pudiéramos llamar filosófico. Este será el que se encuentra cobijado bajo expresiones tan usuales en la literatura filosófica contemporánea como son los siguientes: "momento histórico", "la existencia histórica del hombre", "yo y mis circunstancias", "el hombre está en situación", es decir está en la historia, en su historia y de ella depende.

Esta polivalencia que presenta el término historia ha sido tratado de salvar en más de una manera. Se han tratado de diferenciar por medio del empleo de mayúsculas y minúsculas.[1] Por medio del empleo de "historiografía", que cobijaría el arte de la investigación de los hechos del pasado; "historia", que mentaría el pasado en cuanto real y en sí mismo; "Historia", que designaría toda actividad reflexiva sobre sobre esa realidad, tanto la que se muestra por intermedio de la labor concreta del historiógrafo o del archivista, como aquella que constituye el problema fundamental de la filosofía de la historia.[2] No sólo de las anteriores maneras se ha pretendido salvar el grave impase terminológico que hemos señalado; Ortega y Gasset, por un lado, y Croce, por otro lado, han coincidido en señalar un nuevo tiempo de nomenclatura que pretende salvar definitivamente la presente situación. Para estos pensadores, especialmente para el primero, la expresión *historia* debe circunscribirse, en su empleo, para designar la realidad histórica en cuanto tal. "Una reflexión metodológica sobre la *historia rerum gestarum*"[3], constituiría la ciencia, o mejor la técnica, encargada de aclarar, situar y circunscribir los conocimientos que se puedan lograr obtener de la historia en cuanto tal. Por ello bien merece recibir el nombre de *historiografía*. "El Análisis inmediato de la resgesta, de la realidad histórica", o sea la tradicional filosofía de la historia, sufre, de acuerdo con la proposición de Ortega, un cambio en su nombre: debería llamarse *Historología*.[4]

1. "Se escribe *historia* para designar la realidad histórica; *Historia*, para designar la literatura sobre la realidad histórica o la ciencia de esta realidad". José Gaos, *Orígenes de la filosofía y de su historia*, ed. Universidad Veracruzana, México, 1960, p. 11, nota 1.
2. En alemán se emplean las voces Geschichte e Historie, Geschichtlich e Historisch. Régis Jolivet propone que se empleen en francés los términos Historique e Historial, que señalaría más claramente la diferencia señalada. (Cf., "Definición y Sentido de la Historia", en *El hombre y la historia*, ed. cit., p. 11).
3. José Ortega y Gasset, *La filosofía de la historia de Hegel y la Historología* en *Obras Completas*, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 3 ed. 1943, vol. II, p. 1520.
4. No vemos muy claramente la necesidad de dejar de lado la expresión "filosofía de la historia", para emplear la de historología, propuesta por Ortega y Gasset. La propia etimología de esa nueva voz, nos está indicando muy claramente que no es otra cosa que un "dar cuenta y razón" de la historia, es decir, que es filosofía de la historia y no otra cosa. Por ello, si bien es cierto, que aceptaremos y emplearemos en lo sucesivo historia e historiografía en el sentido que le da Ortega, no lo haremos así con historología.

En cierta medida estos sentidos de la palabra historia corresponden a las dos grandes maneras que existen actualmente de enfrentarse a su estudio y a las dos amplias formas de hacer o trasladar la narración histórica. Para el historiador y crítico Henri-Irénée Marrou, se perciben en la actualidad dos maneras, dos perspectivas, de pensar, de acercarse y cercar la historia, que pueden aparecer simultáneamente o pueden surgir y darse contradictoriamente. La primera de ellas correspondería a una filosofía crítica de la historia, desarrollada a partir de Dilthey y sostenida en Alemania principalmente por Rikert, Simmel y Max Webber, en cierta medida se puede considerar que Jaspers y Heidegger se encuentran en esta misma posición. Continuadores de esta línea son en Francia: Aron, Dardel, Marrou y Ricoeur. Los sostenedores de esta amplia posición ya no conciben al historiador, o al historiógrafo, como un observador pasivo que se concreta en registrar los hechos que se encuentran dados, prefabricados, en los documentos que investigan. La historia es la obra de un espíritu activo, que la interpreta de acuerdo con su manera de ser y sus preocupaciones, imprimiéndole el sello de su estructura mental. No se podría ya considerar al conocimiento histórico como una mera copia pasiva de su objeto. Se encuentran en él rasgos y elementos de lo que se ha venido llamando una "subjetividad radical", que determina e impone los límites y fundamenta su legitimidad. Esta posición se detiene principalmente en el estudio de las condiciones de validez del método y del observador histórico. Se la puede caracterizar rápidamente diciendo que es una filosofía sobre la historia, que es una gnoseología histórica. La segunda gran manera de enfrentarse al hecho histórico corresponde a un renacimiento de una filosofía de la historia, en su sentido y aspectos más tradicionales y clásicos. Es decir, es una determinada reflexión sobre el objeto del conocimiento histórico, sobre las diferentes experiencias vividas por la humanidad en el tiempo, con vistas a obtener su significación y valor.[5]

No sólo nos topamos con variadas acepciones del término historia y con dos formas de reflexión histórica sino que también encontramos dos maneras de hacer historia, que, como en los casos

5. Henri-Irénée, "Filosofía crítica de la historia y sentido de la historia", en *El hombre y la historia*, ed. cit., pp. 3-4.

anteriores, no se encuentran totalmente separadas y, mucho menos, aisladas. A la primera de ellas se la puede llamar *Historia colectiva*, *Historia global*, este aspecto o modo de la historiografía es el que se interesa fundamentalmente por el estudio del devenir de los grupos humanos, de las naciones y, en especial de las civilizaciones. Como una de sus principales notas se encuentra el estudio y la descripción de las diferentes modalidades y valores humanos hechas por intermedio de análisis de los sucesos sociales pretéritos. Frente a este tipo de historiografía se yergue la llamada *Historia Personal*, en ella se pretende describir en conjunto la historia de las personalidades y el modo de existencia del mundo y la sociedad que las rodea. El resultado de estas dos actitudes frente a un manejar la historia debe ser, en el mejor de los casos, la investigación de un comportarse y acontecer auténticamente humano.

§ 4. *Personalidades y formas historiográficas.*

Trataremos de entrever el papel que desempeñan o que le son atribuídos a las personalidades en cada una de estas manifestaciones del estudio de la historia. En ella nos encontramos con un hecho primordial: La historia es la explicación de los hombres del pasado, "es el estudio de las actividades por las cuales el hombre, en el curso del tiempo, impone a la naturaleza, física, política y moral, un orden cada vez más humano, y accede el mismo, por su esfuerzo, a un sentido cada vez más perfecto de los valores que lo definen" [6]. La historia es, en resumen, el movimiento por el cual un individuo viviente aprende a conocerse reconociéndose en un mundo humano, para decirlo a la manera de Aron.

En esta historia evidentemente humana, o mejor humanizada, nos encontramos con el fenómeno de que no todos los hechos humanos, y aparentemente, los hombres que los producen, tienen una igual importancia y trascendencia. Algunos de ellos y ellas son eminentemente efímeros, tienen sólo una vigencia de momento, tan solo viven en un aquí y un ahora fugaz e instantáneo. Constituyen lo que pudiéramos llamar "la crónica de la actualidad histórica". Otros, muy por el contrario, tienen una importancia definitiva: di-

6. Jolivet, *op. cit.*, p. 12.

rigen, orientan, dominan y determinan el curso y transcurso de la historia. Constituyen lo que pudiéramos llamar "los encabezados de sus grandes capítulos". [7] Este segundo tipo de acontecimientos constituyen tradicionalmente el tema propio y problema central de la historia, de la historia considerada como ciencia, de la historiografía y de la reflexión filosófica sobre la historia.

Ya en páginas anteriores veíamos cómo la historia debe ser entendida como una ciencia *intencional* y no empírica. Como una ciencia que trata de discernir el sentido *legítimo* de un conjunto dado de datos, de experiencias y vivencias. Una historia en la que la "puesta en perspectiva", el encuadramiento, la ubicación, y los problemas que se deben estudiar son puestos por unos determinados hombres: los investigadores miembros de una sociedad concreta y viviendo los problemas de una época determinada. [8] Dentro de este marco se puede decir que la historia, la historiografía y su reflexión posterior, comienza, surge con plena vida, cuando se dirige el interés humano sobre algunas realidades individuales, cualificadas o cualificables, diferentes a otros fenómenos de una misma especie. [9] Las realidades individuales más propias, por pertenencia, de la reflexión y estudio del hombre dedicado y vocado a la historia son las humanas: "Historia ciencia del hombre, y los hechos, si: pero son hechos humanos, nos dice Febvre, el fin del historiador es reencontrar los hombres que los han vivido, y aquellos que dentro de ellos, más tarde, se han quedado, vivido en ellos, con todas sus ideas, para interpretarlos". [10]

Si la historia debe ocuparse preferentemente del estudio de lo individual, del hombre, debe encontrarse en un lugar destacado y preponderante dentro de ella la investigación del papel que cumplen o puedan cumplir las personalidades. Encontramos que, efec-

7. No es este el momento de enfrentarnos con el espinoso problema de cómo, porqué y cuáles son los hechos históricos que llegan a poseer importancia, que llegan a formar parte de la historia.
8. Cf. Maurice Merleau-Ponty, *Las ciencias del hombre y la fenomenología*, ed. Centro de Documentación Universitaria, París, 1961, pp. 3-4.
9. Interés que hace, como anota Aron, exista historia de todo menos de los fenómenos físicos naturales. Cf. *Introducción a la filosofía de la historia*, ed. cit., p. 31.
10. Lucien Febvre, *Combates* . . . , p. 13.

tivamente, para la gran mayoría de los autores es indispensable el tener en cuenta este hipotético papel. Hipotético, puesto que mientras para algunos de ellos la importancia de las personalidades es definitiva, para otros no lo es, ocupando sólo un lugar secundario entre otros muchos hechos mínimos. No deja de llamar la atención el hecho de que en no importa qué reflexión sobre la historia, se tiene en cuenta, en una forma o en otra, en un aspecto o en otro, otorgándole importancia o negándosela, el problema de las personalidades.

Para O. Philippe, la existencia y obra de ciertas personalidades son determinantes y definitivas en el curso de la historia. Así, la vida histórica de Jesús se le aparece "como iluminando los milenios". El papel que las personalidades desempeñan no sería otro que el de servir y fungir de grandes motores de la historia.[11] Simmel, en su obra sobre los *Problemas de la Filosofía de la Historia*, no es menos enfático: la historia se ocupa o debe hacerlo del exclusivo estudio de las personalidades absolutamente únicas. Otro autor que se decide a sostener esta tesis es Ricoeur, quien atribuye la existencia de algo así como una historia efectiva al hecho concreto de existir acciones y hombres que cuentan, que producen un efecto positivo en su medio ambiente, en su sociedad. Para Tarde, son las personalidades los únicos factores que pueden hacer despertar a una sociedad y llevarla hacia metas más elevadas, que sin ellas nunca podría alcanzar.

En cambio, para otros autores, como Aron, el problema de las personalidades es, como lo indicábamos, meramente secundario, llega a esta consideración empujado por la idea de la total inexistencia de un primer motor en la historia, de un principio causal de ella. Motor y principio, que de ser aceptados echarían por tierra las bases del método de investigación historiográfico más apropiado: el análisis y la comparación. Otros autores se ven llevados a compartir esta actitud por no conceder ninguna importancia al papel que puede desempeñar el azar en la historia. Azar que ven personificado en la figura de los grandes hombres. O bien, porque ven a la historia como resultado no de la obra de ciertas personalidades sino de un número inidentificable de individuos más o menos abstractos

11. O. Philippe, "La historia en sus relaciones con la sociología y la filosofía", en *El hombre y la historia*, ed. cit., p. 36.

e inconscientes. El sociólogo Gurvitch es uno de los más decididos sostenedores en Francia de este punto de vista. Cabe anotar que la gran mayoría de los sociólogos y antropólogos comparten este punto de vista. Quizás debido en parte a su origen, en parte a una escasez de material, y esto especialmente en lo que se refiere a los etnólogos, la orientación general de estas dos ciencias sociales ha sido la de minimizar el papel del hombre de excepción, para describir las creencias del grupo social en cuanto grupo y en cuanto unidad. Ortega y Gasset al escribir que "la historia, como la agricultura, se nutre de los valles y no de las cimas, de la altitud media social y no de las eminencias",[12] francamente se adhiere a esta tesis.

Es posible encontrar una posición intermedia, que da y quita y trata de asimilar algunas notas de ambos puntos de vista. Posición que corresponde, por ejemplo, a la que vienen sosteniendo los autores marxistas contemporáneos. El problema que nos ocupa, el problema de la participación de las llamadas masas y de las personalidades en la historia es uno de los problemas centrales de la concepción materialista de la historia. En una obra de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.[13], claramente se encuentra la idea de que en ningún momento el marxismo niega el papel de las personalidades, pero siempre viéndolas en tanto que dirigentes de partido y estadistas, que puedan desempeñar en la evolución de las sociedades. Pero llega a sostener la tesis de que no son en ninguna medida las fuerzas decisivas o determinantes de esta evolución.

¿A qué se debe que se sostengan estos tan diferentes puntos de vista?

De una manera amplia y general se puede decir que el sostener una determinada posición frente al problema de las personalidades, en cierta medida, se debe y se produce de acuerdo con la concepción filosófica que se tenga del mundo. Ya que se puede considerar que la teoría de la historia se confunde con una teoría del hombre y del mundo, es decir, con una filosofía. Por otra parte, el desarro-

12. José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, ed. Austral, Buenos Aires, 4 ed., 1941, p. 51.
13. Cf. Academia de Ciencias de la U.R.S.S., *El papel de las masas populares y de la personalidad en la historia*, trad. M.B. Dalmacio, ed. Cartago, Buenos Aires, 1959, p. 63 ss.

llo y la evolución que se puede notar en las investigaciones históricas claramente se encuentran subordinados a una evolución y desarrollo anterior en la filosofía. Así, encontramos una "historia romántica" que corresponde a una filosofía romántica, una "historia fenomenológica" que corresponde a una filosofía fenomenológica, etc. También se debe tener en cuenta que la evolución o transformación de las sociedades determina, guía, por no decir crea, las concepciones que puedan existir sobre el mundo. Concepciones que son causa y objeto de una reflexión política, en el mejor y más amplio sentido de la expresión, de una teoría del hombre social, es decir de una filosofía. Concatenación de hechos que claramente podemos encontrar ejemplificados con el surgimiento de las llamadas teorías y morales "Heróicas" en momentos de recrudecimiento de ciertas posiciones políticas, en el más restringido y peor sentido de la expresión, que suelen ser llamadas totalitarias, pretendidamente fundamentadas en filosofías absolutistas. O cuando, debido a fuertes conmociones o transformaciones sociales, guerras o revoluciones, surge la necesidad de actuar y vivir, para sobrevivir, como héroe.

"Hay, por lo menos en la vida literaria muchos signos de una vuelta a la paz. Ya el héroe se aleja y, contra las morales 'heróicas' se elevan protestas que hoy son discretas y mañana serán públicas", [14] escribe Merleau-Ponty en momentos inmediatamente posteriores al finalizar la segunda guerra mundial. En este párrafo se nos muestra cómo durante una guerra, época de indiscutible conmoción social, resurge, y por necesidades vitales, con un nuevo vigor la problemática de las personalidades. Con ello se explica también el porqué de 1945 a 1955 se publican con cierta irregularidad artículos y obras que si no están completamente dedicados al estudio de las personalidades, al menos son constantemente tenidas en cuenta. Es bien diciente el hecho de que el "VI Congreso de Filosofía de Lengua Francesa" se haya dedicado al estudio de las posibles relaciones que pueden darse entre el hombre y la historia, en las ponencias presentadas en él se encuentran constantes y repetidas referencias al problema que nos viene ocupando.

Sería adoptar una posición parcial y simplista el aceptar como

14. Maurice Merleau-Ponty, "El héroe, El hombre", en *Sentido y Sinsentido*, ed. Nagel, París, 1948, p. 371.

únicas determinaciones y fundamentos del retorno al estudio de las personalidades en la historia las anteriores. No debemos olvidar que su existencia es un hecho innegable, del que se encuentra constantes referencias en la vida diaria (posible). Con más frecuencia de la que muchas veces es deseable se encuentran notas en los periódicos sobre la existencia de personalidades, en el sentido restringido en que empleamos la palabra. Los titulares de los diarios nos hablan de la existencia, de la labor y del impacto de estadistas destacados, de geniales inventores, de atrevidos cosmonautas, etc. Un hecho tan notorio, tan fácilmente notorio, tiene que haber influído directamente en los historiadores, y en general, en todo aquél que consciente o inconscientemente se pregunte sobre la realidad histórica, en todo aquél que se preocupe de efectuar una reflexión en torno de la historia. El hecho de que hasta hace muy poco tiempo se haya considerado a la historia como reducida al estudio y narración de la vida y acción de ciertas personalidades nos puede ayudar para aclararnos el porqué de esa casi universal aceptación, o preocupación, de la existencia de personalidades influyentes en la historia.

Las premisas básicas de las posiciones filosóficas fundamentales y fundamentantes pueden llegar a determinar la aceptación, la importancia o negación de ella, la forma de estudio y el papel que se conceda a la obra de personalidades. Es completamente comprensible que una filosofía que sostenga como rasgo saliente y típico, por ejemplo, la identidad de lo finito y lo infinito se vea conducida a considerar, si quiere ser fiel consigo misma, a las personalidades o bien como manifestaciones y encarnaciones de un Absoluto, Hegel, o bien como manifestaciones del poder divino, como instrumentos de una providencia que domina y rige la historia, Carlyle. En una concepción filosófica que sostenga que el hombre se encuentra encerrado en la cadena causal de la estructura del medio, al que debe adaptarse y se adapta, fácilmente se ve conducida a empobrecer y subestimar la importancia de las personalidades en el desarrollo de la vida de las sociedades y a atribuir todo el peso de la acción a ciertos procesos de índole económico-social. Tal es el caso de la mayoría de las posiciones materialistas y, más particularmente, el de concepciones positivistas y sociológicas como las de Durkheim.

Como hemos visto, se puede decir hasta ahora que casi ningún autor rechaza totalmente la importancia de las personalidades en el

desarrollo de la vida de las sociedades. Algunos afirman que son las modeladoras y guías de la historia. Otros, que si desempeñan algún papel en ella es definitivamente secundario y sin mayor importancia o, también se suele decir, se encuentra anulado por otros muchos factores. Creemos, que afirmar lo primero implica, en última instancia, el convertir la historia en una aventura arbitraria, en una azarosa aventura que exclusivamente depende de factores imprevisibles e indeductibles. Admitir que en la historia las personalidades no desempeñan sino un mínimo papel, cuando se les otorga alguno, implica concebir la historia como un proceso deshumanizado, automático, sin mayor sentido. Si la historia es, y por tanto también la historiografía, como hemos repetido más de una vez, *ciencia de hechos humanos* se la puede considerar como la explicación de los hombres que han vivido, sufrido y actuado en el pasado. Es decir, como un darnos "cuenta y razón" de los hombres del pasado.

§ 5. *Las personalidades y su acción en el pasado.*

En ese pasado humano y humanizado, ¿de qué manera obran las personalidades?

Para Bergson, con su sola presencia. Ya que su existencia es una perenne llamada. Una personalidad verdaderamente descollante, verdaderamente importante y poseedora de una acción efectiva es aquella que es capaz de despertar una emoción, sea por su acción directa o por intermedio de sus más propias acciones: sus invenciones. Presencia, acción o invención constituyen el gran motor del progreso de la inteligencia, del progreso del hombre, el gran impulso que define y hace actuar a los hombres. Impulso que logra convertirse en atracción cuando se le une el respeto a un "Dios superior", plasmado por intermedio de una personalidad venerada y admirada, frente a ella los "hombres medios" aspiran a confundirse, a hacerse unos, para comulgar con la razón que las personalidades representan y han divinizado. Son ellas las que atraen y conducen al hombre medio hacia una sociedad ideal y un hombre superior. Haciendo que por esta, y en esta tendencia, *élan*, la sociedad concreta real, histórica, deficiente, progrese y tienda hacia una "Ciudad

Ideal". [15] Para Bergson, todo el fundamento y peso de la evolución social, de la acción histórica, se debe a la existencia y presencia, actual o potencial, de una fuerte personalidad en esa comunidad. "Es inútil mantener que (el progreso) tiene lugar por sí mismo, poco a poco, en virtud de la condición espiritual de la sociedad en cierto período de su historia: La sociedad tiene que haberse dejado convencer o de algún modo dejarse conmover; y la conmoción es siempre dada por *alguien*". [16] ¿Quién es éste alguien? ¿Qué mienta o quién mienta ese alguien? Para Bergson este alguien corresponde a lo que hemos venido llamando una personalidad. Pero no es una cualquiera, indeterminada o neutra, no es ni el conductor político, ni el conquistador, ni el científico, ni el guerrero, es el *místico*: "No es menos cierto que las almas místicas son las que han llevado y llevan todavía en sus movimientos a las sociedades civilizadas. El recuerdo de lo que han sido, de lo que han hecho se ha quedado en la memoria de la humanidad... La eficacia de la llamada tiene el poderío de la emoción que fue antes provocada y que puede serlo aún". [17] Pero no sólo en las sociedades ya desarrolladas o en vías de evolución ocupan estas almas un lugar decisivo y definitivo, sino que son las responsables de la transformación de las sociedades primitivas. Más aún, el surgimiento de las personalidades hace que de la *manada* surja una sociedad primitiva y que posteriormente logre transformarse en una sociedad civilizada. Son ellas las que hacen que una "sociedad cerrada" se convierta en una "abierta".

No sólo en el pensamiento de ciertos filósofos de la escuela bergsoniana se encuentran puntos de vista semejantes a estos sino que también en obras de pensadores y estudiosos que están mucho más obligados a tener en cuenta los hechos concretos del desarrollo de las civilizaciones, es decir, en historiógrafos y filósofos de la historia, sin importar cual de los tipos que hemos antes ennumerado de historia se dediquen a hacer.

Así, por ejemplo, encontramos que el historiador, historiógrafo y crítico de la historia Arnold J. Toynbee en su libro *El Estudio* de

15. Cf. Henri Bergson, *Las dos fuentes de la moral y de la religión*, Presses Universitaires de France, 48 ed., París, 1946, Cap. I, especialmente pp. 30-37 y 65-68.
16. Bergson, op. cit., pp. 333-337.
17. Bergson, op. cit., p. 84.

la Historia sostiene que son "los individuos humanos y no las sociedades humanas las que hacen la historia humana". Los raros individuos que realizan el milagro de la creación social son algo más que hombres, puesto que "pueden hacer lo que a los hombres les parece milagro, por que ellos mismos son *superhombres*, en sentido no simplemente metafísico sino literal". [18] ¿Qué factor o qué factores poseen o logran manejar estos individuos para lograr ocupar el privilegiado sitio y nombre de superhombres? Para Toynbee este nuevo factor es la *personalidad* pero, y como en Bergson, no es ésta una personalidad cualquiera. Es la "místicamente iluminada" cuya relación con la gran masa de la sociedad es la misma que encuentra Toynbee, guardadas proporciones, entre las civilizaciones y las sociedades humanas primitivas y que, como ellas, responden a las mismas leyes históricas de "Incitación—y—Respuesta", de "Retiro—y—Respuesta". Estas personalidades son esclavas de una misión que no se han impuesto: "se encuentran, de inmediato, conque no pueden morir ni vivir por si mismas, que, habiéndose elevado, no pueden descansar en tanto no hayan atraído hacia ellas a todos los hombres, porque es para eso que han venido al mundo". [19] Toynbee llega a hacer la concesión de que no es siempre un sólo individuo el promotor del desarrollo y evolución social. En algunos casos, los más pocos, esta se produce por influencia directa de una "minoría creadora", por un reducido conjunto de "pioneers". Frente a los cuales la sociedad, la enorme mayoría de la colectividad, se encuentra siempre rezagada, como sucede cuando frente a ella se encuentra y hace patente una "alma mística". El que los agentes del progreso sean una minoría no cambia nada, puesto que debe ser considerada como constituyendo un grupo personalizado, sometido a los mismos accidentes y a las mismas leyes que encuadran y explican la obra de las personalidades absolutamente únicas.

En resumen, tanto para Bergson como Toynbee, y diciéndolo a la manera de éste último, "Las personalidades superiores, genios, místicos llamémosles —como se quiera— no son más que una levadura en la masa de la humanidad ordinaria". [20]

18. Arnold J. Toynbee, *El estudio de la historia*, trad. Luis Grasset, ed Emecé, Buenos Aires, 1951, vol. III, p. 251.
19. Toynbee, *op. cit.*, vol. III, p. 254.
20. Toynbee, *op. cit.*, vol. III, p. 227.

Pierre Lacombe sostiene el punto de vista de que el *actor histórico*, el personaje, obra sobre sus conciudadanos, sobre su sociedad, desde fuera, convirtiéndose en algo así como en su representante oficial, sobre todo, cuando surgen y se hacen patentes conflictos de índole política o militar. La personalidad se convierte, en el pensamiento de Lacombe, en la figura de un estadista, único tipo de hombre en el que se confunden y reunen estos dos aspectos. Cuando en la diferente personalidad en turno los antecedentes políticos poseen una fuerte preponderancia, es dable encontrar algo así como un mutuo acuerdo entre ella y el resto de los individuos de su sociedad en torno al fin escencial y último que necesariamente se ha de lograr, o que por lo menos se debe buscar. Cuando dos pueblos, dos naciones, dos culturas, se encuentran enfrentadas políticamente, y una de ellas se muestra como poseyendo una gran superioridad, el "jefe" no tiene porqué tener una importancia notoria, no es indispensable para la sociedad más fuerte que su director destaque y brille por encima de todo término medio común. En el caso, harto frecuente, de existir algo así como una igualdad de fuerzas, las cualidades individuales, subjetivas y propias del jefe no sólo logran alcanzar una destacada preponderancia sino que logran marcar el resultado de la lucha de fuerzas de un sello propio y característico. El jefe, la personalidad, ha ganado la pelea, la discusión política o diplomática decisiva desde ese momento lleva un nombre propio.

En la acción de índole militar, en esa otra posibilidad que encuentra Lacombe para permitir una acción decidida y franca de las personalidades en el acontecer social e histórico, existe también una preponderante ventaja representada siempre en la figura del jefe. De existir un desacuerdo entre él y el medio social, la hipotética ventaja suele inclinarse hacia el polo que marca la personalidad que detenta un único poder, hacia quien logra hacerse obedecer por todos, hacia quien logra vencer, por su empuje humano, a un medio social apático, sobre quien lograr despertar la modorra de una colectividad reacia a cualquier acción. En este caso, puede surgir una nueva alternativa, que produce la existencia de un acuerdo tácito entre la personalidad directora en turno y el medio social que lo rodea y del que forma parte. Ahora es cuando más notoria se hace la influencia de las cualidades intelectuales y morales que pueda mostrar o poseer la personalidad guerrera. Para Lacombe, el medio social, la